

EN MARCHA

Para Italia los primeros años de la posguerra fueron años difíciles. La desmovilización fue lenta: a finales de 1919 aún había medio millón de hombres en el Ejército, y el proceso no concluyó hasta 1921. Dentro del país los desórdenes fueron a más cuando los trabajadores italianos secundaron una huelga general internacional en junio de 1919, y a partir de ahí comenzaron dos violentos años de luchas internas. Y para muchos que habían vestido o seguían vistiendo el uniforme, el acuerdo de paz y la «victoria mutilada» que los políticos trajeron consigo de Versalles venían a confirmar el sentimiento de que toda aquella lucha no había servido para nada. «Ni marcha sobre Viena» se lamentaba un decepcionado capitán de *arditi* en julio de 1919, «ni consolidación de victoria, ni colonias, ni Fiume, ni indemnizaciones, ni nada que valga la pena».¹ La necesidad de ahorrar golpeó duramente al Ejército. Se suspendieron todos los ascensos durante cinco años, se envió a la reserva a miles de oficiales, en su mayoría subalternos, y se recortaron los sueldos de los oficiales. La promesa de que los oficiales iban a cobrar un salario digno que hizo Mussolini aproximadamente seis meses antes de la Marcha sobre Roma que le llevó al poder en octubre de 1922, fue bienvenida. Algunos de los objetivos del fascismo encajaban a la perfección con los de los militares, de modo que el Ejército colaboró encantado con la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional (MVSN, los «camisas negras» fascistas) a la hora de restablecer el

orden tras la ocupación de las fábricas y la oleada de huelgas de 1920. Además, la agenda expansionista del fascismo era muy del agrado de los militares. Comparado con eso, el Partido Fascista de los comienzos les parecía demasiado republicano. En agosto de 1922, un grupo de oficiales advirtió al Partido de que no se pusiera en contra de la Corona. Recibieron una respuesta ambigua.

Durante seis años, entre 1919 y 1925, al tiempo que Mussolini asumía por primera vez el poder y posteriormente consolidaba su control personal por el procedimiento de prescindir de los aspectos más radicales del fascismo, los generales debatían entre sí y con los políticos sobre cuántos soldados había que reclutar cada año, cuánto tiempo debían estar en el Ejército, y qué tamaño debían tener las Fuerzas Armadas. Finalmente, en abril de 1925, Mussolini tomó él mismo las riendas del Ministerio de la Guerra (las retuvo hasta septiembre de 1929) y zanjó la cuestión. Una fuerza de 250.000 soldados, en su mayoría de reemplazo, con un servicio militar de dieciocho meses, debían formar treinta divisiones «triangulares», cada una de ellas compuesta por nueve batallones. Las cifras fueron variando conforme se reajustaba la fuerza a lo largo del año, a fin de no excederse del presupuesto. Aquella medida formaba parte de un paquete de siete leyes concebidas para crear las instituciones que debían configurar las defensas de la nación en la paz y en la guerra. Entre ellas figuraba la creación de una Comisión Suprema de Defensa para determinar en tiempos de paz lo que el Ejército iba a necesitar en una guerra, y el cargo de jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, cuyo titular debía ser el «asesor técnico del presidente del Gobierno para los asuntos relacionados con la coordinación de la organización defensiva del Estado y con los proyectos para eventuales operaciones de guerra». El nuevo cargo fue encomendado al general Pietro Badoglio, un profesional piemontés conservador con una buena hoja de servicios, aunque no sin tachas, en tiempos de guerra: algunos le consideraban uno de los responsables del desastre de Caporetto el 24 de octubre de 1917. El nombramiento de Badoglio tranquilizó al rey, contentó al Ejército, y fue bien acogido por el público. Durante dos años Badoglio ocupó el nuevo cargo, junto con el de jefe del Estado Mayor del Ejército. Después Mussolini escindió los dos cargos y rebajó los poderes de Badoglio.²

Durante la segunda mitad de los años veinte los militares reconstruyeron un Ejército que se parecía mucho al que había ido a la guerra en 1915. Se prescindió de los morteros Stokes, las granadas de fusil, los lanzallamas y las armas semiautomáticas que habían conferido a las unidades más pequeñas el gran poder de fuego que necesitaron en 1918, y el Ejército volvió a las anticuadas compañías de fusileros. La Artillería iba gravemente rezagada: bien entrada la década de 1930, se intentó «mejorar» las piezas de antes de la guerra por el procedimiento de alargar sus cañones y de dotarlas de mejor munición. Entre los mejores cañones que tenía a su disposición el Ejército estaban los obuses Skoda de 75 y 100 mm capturados a los austriacos. A lo largo de la década, las autoridades hicieron más hincapié en la instrucción física, y los conceptos que guiaban a las tropas en la guerra empezaron a asumir un aspecto inconfundiblemente decimonónico. Las ordenanzas de combate contemplaban ofensivas donde los fuegos de barrera de la artillería debían preparar el camino para que los batallones de infantería asestaran sus golpes, y afirmaban sin rodeos que la base de cualquier maniobra sobre el campo de batalla era el «principio de la masa». Reconocían la importancia de la cooperación aire-tierra en materia de reconocimiento y de ataques tácticos, pero decían muy poco sobre los carros de combate, principalmente porque todo estaba supeditado a la guerra en las montañas, basándose en el presupuesto de que una nueva guerra tendría las mismas características que la anterior, con Alemania y Austria como probables enemigos. En 1930, las ordenanzas relegaban la tecnología a una cuestión de segundo orden, y afirmaban que la guerra era en esencia «la lucha del espíritu y la voluntad». Era un concepto que iba a desarrollar la nueva generación de generales adheridos al fascismo en la década de 1930.³

En 1921, el Gobierno liberal decidió que Italia tenía que recuperar la posesión de Libia, que le habían arrebatado a los turcos en la guerra de 1911-1912, y que perdieron en su mayor parte durante la guerra mundial. La reconquista comenzó al año siguiente. Primero el Ejército empezó a extender su dominio a lo largo de la costa de Tripolitania y a penetrar tierra adentro, utilizando columnas coordinadas de batallones eritreos y de reclutas locales, e infligiendo un duro castigo a los «rebeldes». Fue entonces cuando el coronel —y más tarde mariscal— Rodolfo Graziani

empezó a ganar fama como comandante experimentado de aquellas fuerzas móviles ligeras. A finales de 1925 Graziani y sus camaradas habían reconquistado Tripolitania septentrional, matando a 6.500 árabes aproximadamente, y pagando un precio de 2.582 italianos muertos, heridos y desaparecidos. En Cirenaica, el general Ernesto Mombelli llevó a cabo una serie de batidas utilizando columnas coordinadas por radio y apoyadas desde el aire para dar caza a los miembros de la tribu senussi, y a su líder Omar el-Mujtar, destruyendo sus campamentos y sus tiendas, confiscando sus ovejas y sus camellos, y matando a 400 «rebeldes» con un saldo de seis muertos y veinticinco heridos entre las tropas italianas.

En julio de 1921, Mussolini decidió que había llegado el momento de que otra persona se hiciera cargo de la situación, y nombró gobernador de Libia al general Emilio De Bono, de cincuenta y nueve años. Al tiempo que Graziani se adentraba en el interior de Tripolitania, utilizando a los miembros de las tribus nómadas y estrechando lazos con los líderes tribales, De Bono condenó a muerte a los rebeldes sin el mínimo reparo, y aprobó el empleo de gas fosgeno por lo menos en cuatro ocasiones. En parte gracias a un eficaz uso de la aviación para realizar misiones de reconocimiento de largo alcance y tácticas para el transporte de tropas y material, y para coordinar el movimiento de las columnas, la campaña para dar caza y aniquilar a las bandas rebeldes dio buenos resultados. A Graziani se le daba particularmente bien. Pero despejar y controlar el inmenso territorio desértico interior era otra cuestión. Además, someter a los senussi exigía un nivel más alto de dirección y orden del que podía ofrecer De Bono, de modo que en diciembre de 1928 Mussolini le relevó por Badoglio.

Durante los tres años siguientes, Badoglio y Graziani emprendieron la tarea de echar por tierra todo el orden sociopolítico de Libia, confiscar el patrimonio de los senussi, desarmar a las tribus que se sometían, y llevar a cabo una serie de juicios y ejecuciones abiertos al público. Para separar a los senussi armados de Cirenaica de las tribus que les apoyaban directa o indirectamente, los italianos crearon recintos de alambre de espino a lo largo del litoral, y a finales de 1930 ya había 80.000 miembros de las tribus confinados en ellos. Los campos de internamiento hicieron su propia aportación al saldo final de muertos en Cirenaica, que probablemente as-

endió a entre 50.000 y 60.000 personas.⁴ A instancias de Graziani, se montó una barrera de alambre de espino de 270 kilómetros a lo largo de la frontera con Egipto. Acorralado en su interior, y perseguido, Omar el-Mujtar fue capturado el 11 de septiembre de 1931 y ahorcado cinco días después ante una multitud de 20.000 árabes. El 24 de enero de 1932, Badoglio anunciaba que la insurrección en Cirenaica había sido derrotada. Roma era la vencedora. Ahora Libia estaba íntegramente en manos de Italia por primera vez en casi veinte años, las Fuerzas Armadas fascistas habían ganado su primera campaña, Badoglio había sacado brillo a sus credenciales como el militar más importante de la Italia fascista, y la propia Italia había demostrado ser eficaz, efectiva e inmisericorde con sus enemigos: exactamente lo que Mussolini quería que viera el mundo entero.

Guerra en Abisinia

El camino hacia la primera gran guerra de Mussolini se abrió en julio de 1925, cuando su ministro de Colonias, Pietro Lanza di Scalea, propuso reforzar las colonias italianas de Eritrea y Somalia y cortar el paso a cualquier envío de armas a Addis Abeba y a los ras (jefes tribales) de Abisinia. El Duce estaba dispuesto empezar a posicionar a la Italia fascista para la expansión y la conquista. En algún momento, en un futuro no muy lejano, cabía la posibilidad de que el imperio etíope se desmoronara, así que Italia debía prepararse diplomática y militarmente, trabajar lo más deprisa posible en colaboración con los ingleses, y mientras tanto «cloroformizar el mundo oficial abisinio».⁵ Al principio las cosas avanzaban despacio. En junio de 1926 Mussolini accedió a que Badoglio enviara un representante personal para evaluar las condiciones militares en Eritrea con vistas a un posible futuro conflicto. El general Giuseppe Malladra informó debidamente a Roma de lo que quería oír —que la paz era inestable y que la guerra con una beligerante Abisinia podía estallar en cualquier momento—.★ Para poder defenderse, la colonia necesitaba 160.000 soldados

★ En aquella época los italianos utilizaban indistintamente los términos Etiopía y Abisinia, y siguen haciéndolo, con cierta preferencia por el primero.

blancos, además de los entre 30.000 y 40.000 eritreos de que disponía. Badoglio estimó que entre 40.000 y 50.000 soldados italianos y una fuerza aérea sustancial eran suficientes. Por el momento, sin embargo, la política italiana seguía concentrada en «cloroformizar» a los abisinios. Los representantes locales negociaron un tratado de amistad y buena vecindad, y el 2 de agosto de 1928 se firmó un convenio para la construcción de carreteras. Cuando el ras Tafari se convirtió en el nuevo emperador dos meses después, las relaciones empeoraron a raíz del convenio de carreteras y de la negativa de Roma a la petición de aviones que había hecho el nuevo emperador. Sobre el terreno, el nuevo gobernador de Eritrea, Corrado Zoli, criticó duramente las políticas indulgentes de su predecesor. Los intentos de mala gana de llegar a un acuerdo con Francia se abandonaron cuando los italianos se dieron cuenta de que no entrañaba ninguna ventaja para ellos.

Muchas de las principales figuras del *establishment* de la política exterior respaldaban decididamente las aspiraciones de Italia a establecer otra colonia en África. En abril de 1930, Dino Grandi, ministro de Asuntos Exteriores, dijo ante el Gran Consejo Fascista que una Italia fuerte no podía permanecer indefinidamente aferrada a un extremo del *altopiano* (meseta) eritrea, y empantanada en el estrecho espacio de la Somalia Italiana. La nación tenía una misión de civilización que realizar en el continente negro y la generación actual tenía un problema que resolver: «El problema colonial».⁶ En el Ministerio de Asuntos Exteriores, Raffaele Guariglia estaba convencido de que el destino de Italia era convertirse en una importante potencia colonial en África, y lo mismo opinaba Alessandro Lessona, del Ministerio de Colonias. Como venía a demostrar la historia de las colonizaciones, «en el mundo no se hace algo grande sin mancharse las manos de sangre». En aquel momento, para Italia una guerra resultaría más fácil que en el pasado. Abisinia tenía muchos cañones, aunque no de tipo moderno, sus territorios eran muy idóneos para una guerra defensiva, y sus tropas estaban particularmente bien adaptadas a ese tipo de guerra, pero la tecnología militar europea moderna, y en particular la aviación, permitían que Italia tuviera la sartén por el mango. Había llegado el momento de considerar «toda esta compleja cuestión, preñada de peligros, sí, pero también de posibilidades reales para nuestro país». Sin embar-

go, Italia no podía actuar por su cuenta. Teniendo en cuenta la situación política y militar de aquel momento, Guariglia consideraba que era «indispensable» llegar previamente a un acuerdo con Francia y Gran Bretaña.⁷

En 1932 Mussolini puso en el punto de mira a Etiopía —como le gustaba llamarla a los italianos— como su siguiente objetivo. Como primer paso envió a su general favorito para explorar el terreno. Emilio De Bono regresó con la noticia de que el negus (el emperador Haile Selassie) estaba consolidando su poder y pretendía empuñar las armas contra Italia en un futuro no lejano. Italia debía prepararse para una guerra preventiva en el futuro. No obstante, por el momento, no era posible pensar en una intervención armada.⁸ En agosto el Ejército tanteó a De Bono y le planteó que se nombrara a un comandante a fin de iniciar la planificación. De Bono fue directamente a ver a Mussolini, que le concedió el puesto de inmediato. De Bono tenía planeado conquistar el norte de Abisinia con 35.000 soldados blancos, 50.000 *ascari** eritreos, 100 aviones —y con tan solo un mes de preparación—. Badoglio, que a la sazón estaba instalado en Trípoli, organizando la brutal represión contra las tribus locales, se alegró de que por fin se abordara «este importantísimo problema».⁹ Pero el Estado Mayor del Ejército no se alegraba. Su jefe, el general Alberto Bonzani, vilipendiaba aquel plan precipitado, que contemplaba el avance a lo largo de 80 km de dos fuerzas separadas, hasta llegar al *altopiano*, combatir contra un enemigo que para entonces ya se habría movilizadado, y al que se le habría permitido acercarse a una distancia relativamente corta, y después, tras una batalla coronada con éxito, perseguirle tierra adentro. Ahora, después de manifestar su «intensa satisfacción» con De Bono, Badoglio ideó su propio plan: mantenerse a la defensiva, esperar a que el enemigo se concentrara, atacar con el poder aéreo, y a continuación lanzar una ofensiva para liquidarlo «definitivamente». Su propuesta había sido claramente ideada para excluir a De Bono como comandante.

El 1 de enero de 1934, Badoglio regresó a Roma. A lo largo de los tres meses siguientes, los altos gerifaltes rivalizaron por controlar la forma de plantear la primera guerra de Mussolini. Badoglio pensaba que los acuerdos con Londres y París eran un fundamento diplomático esencial

* Soldados mercenarios eritreos (*N. del T.*)

para actuar, ya que de lo contrario ambos países podrían armar a los abisinios, como mínimo. También el Estado Mayor del Ejército quería que toda la operación se encuadrara en un escenario más amplio que tuviera en cuenta si Italia estaba en alianza con Francia o en guerra con ella. Mussolini quería acción en 1935. O bien durante los años siguientes iba a haber paz en Europa, en cuyo caso una posición defensiva podía ser la base para una ofensiva o una contraofensiva, o bien el empeoramiento de la situación en Europa no iba a permitir que Italia desplegara sus fuerzas en África, en cuyo caso una organización defensiva «nos permitirá quebrar cualquier intento de los abisinios». ¹⁰ A finales de marzo, ya con los franceses aparentemente a favor de un acuerdo, Mussolini anunció que había decidido acabar con Abisinia. En vez de poner a De Bono al mando absoluto, Mussolini aceptó el argumento de Badoglio, que decía que la responsabilidad de la planificación le correspondía al Estado Mayor del Ejército. El despacho voló debidamente hasta las manos de De Bono. Su destinatario estalló. «Ese cerdo de Badoglio» había intentado dejarle en ridículo... y lo había conseguido. ¹¹ De Bono no tuvo más remedio que ceder, aunque la dirección concreta de la campaña seguía estando en sus manos.

Los jefes de Estado Mayor se reunieron brevemente en el Palazzo Venezia el 7 de mayo de 1934 para debatir los niveles de fuerza adecuados para la operación que se planteaba. Badoglio intentó de inmediato pisar el freno —como volvería a hacer en 1940—. Una guerra costaría seis mil millones de liras y pondría en crisis al Ejército durante la campaña, y también después, por las dificultades para reabastecer sus almacenes y depósitos. Y además, estaba la carga permanente de una ocupación. ¿Valía la pena? ¹² Cuando le dijeron que hacían falta tres años para preparar una campaña en Etiopía, el Duce convocó a Badoglio y a De Bono en el Palazzo Venezia el 31 de mayo y les expuso el *modus operandi* para los meses siguientes. Era preciso llevar a cabo todas las medidas defensivas lo más rápido posible, y después se abordaría el problema de provocar a los abisinios para que iniciaran un conflicto. Mientras tanto, en la colonia y a nivel internacional había que hacer todo lo posible para no delatar las intenciones de Italia. ¹³ Haciendo malabares con sus múltiples cargos —y sus amantes— el Duce seguía adelante, dejando tras de sí muchas cuestiones sin resolver. ¿Cómo se conjugaba la determinación de De Bono de

iniciar las acciones ofensivas lo antes posible con la de Badoglio de avanzar lenta y cautamente? ¿Con qué presupuesto iba a pagarse todo aquello? Y además, ¿el país podía permitírselo? El Estado Mayor Conjunto estimaba que una guerra de seis meses en la que participaran cuatro divisiones costaría aproximadamente 3.500 millones de liras, y una campaña de un año incrementaría la factura hasta los 5.000 millones de liras.

El asesinato de Engelbert Dollfuss, canciller de Austria, el 25 de julio de 1934, disuadió a Mussolini de hacer por el momento nada que pudiera debilitar su fuerza militar en Europa, pero el Duce seguía dispuesto a actuar. Había que acelerar los preparativos defensivos en Eritrea. Si los abisinios atacaban, era preciso pararlos «decisivamente», para después iniciar una contraofensiva «en la dirección y con los objetivos que aconseje la situación en su momento».¹⁴ Aquel otoño dos incidentes elevaron la temperatura de forma irreversible. El 4 de noviembre fue atacado el Consulado italiano en Gondar, y el 22 de noviembre hubo un enfrentamiento armado entre los abisinios y los italianos en los pozos de Ual-Ual, en una zona donde la frontera no estaba definida y donde los abisinios impugnaban la ocupación italiana. Haile Selassie apeló a la Sociedad de Naciones.

Aquel desafío declarado al prestigio de Mussolini no hizo más que redoblar su determinación de resolver el problema de Abisinia por la fuerza antes de que las tribus pudieran beneficiarse de un programa de rearme e instrucción ya en marcha, impartido por instructores europeos. El tiempo jugaba en contra de Italia. Era necesario resolver el problema lo antes posible, «es decir, en cuanto nuestros preparativos militares nos den la seguridad de la victoria». Tan solo podía haber un objetivo: «La destrucción de las fuerzas abisinias y la conquista total de Etiopía». Cuando echaba un vistazo al escenario internacional, Mussolini no veía la mínima posibilidad de una guerra en Europa durante los dos años siguientes. Los acuerdos con Francia, la consiguiente mejora de las relaciones con Yugoslavia, y el hecho de que Alemania aún estaba demasiado débil como para considerar un ataque contra Austria, todo ello le daba motivos para estar seguro. Todo y todos tenían que estar en su puesto y listos para octubre de 1935. Hasta entonces, la política exterior tenía que asegurarse de evitar un conflicto antes de tiempo. Había que cortar el

«nudo gordiano» de las relaciones italo-abisinias antes de que fuera demasiado tarde.¹⁵

Las Fuerzas Armadas se prepararon para librar una guerra sin cuartel contra un enemigo «bárbaro». No había que abrigar «falsos escrúpulos», ni tampoco había que pasar por alto el potencial empleo de ningún arma.¹⁶ El poder aéreo iba a ser una de esas armas. En efecto, Mussolini quería que el poder aéreo de Italia desempeñara un papel protagonista en la inminente campaña. Además de destruir la única vía férrea abisinia, el Duce quería que su aviación bombardeara a las tropas, a la población civil, los recursos materiales y todas las «bases fundamentales». Los aviadores acogieron encantados las directrices de Mussolini, pues les concedían independencia operativa, y por consiguiente estratégica, del Ejército, encajaban con la campaña de propaganda que organizó Italo Balbo, ministro del Aire, y les permitían poner a prueba las teorías del bombardeo para el terror del general Douhet por las que se orientaban sus jefes.¹⁷ El general Giuseppe Valle, jefe del Estado Mayor del Aire, cumplió obedientemente sus órdenes. En aquellos últimos meses de 1935, la Fuerza Aérea debía librar una guerra defensiva, «bloqueando, y posiblemente destruyendo, cualquier inclinación ofensiva del enemigo» e inspirando en el enemigo «un terror saludable, del que podremos aprovecharnos en 1936». La aviación italiana, que operaba desde distintas bases a lo largo de la costa de Eritrea, debía batir la totalidad de la zona de operaciones, llevar a cabo cualesquiera acciones fueran necesarias, «incluyendo eventualmente la destrucción de Addis Abeba, de Gondar, de Harrar, y el incendio sistemático de la totalidad de los brezales de Somalia». ¹⁸ El gas iba a cumplir una función esencial en la inminente guerra: las bombas de gas iban a constituir el 10 por ciento de la munición.

El nuevo año trajo noticias poco gratas. Badoglio le dijo a Mussolini que la aviación no iba a estar en orden de combate antes del mes de octubre, y que la fuerza expedicionaria no podía estar en posición en el *altopiano* abisinio antes del mes de febrero del año siguiente. Una campaña rápida requería previsión y una meticulosa preparación. Italia iba a necesitar «todo el año 1935 y los primeros ocho meses de 1936 para estar en condiciones de enfrentarse a una tarea tan ardua con la certeza del éxito». ¹⁹ Valle estaba de acuerdo: librar una guerra ofensiva no era posible

hasta finales de 1936, debido a la falta de carreteras e infraestructuras. El almirante Cavagnari, jefe del Estado Mayor de la Armada, advirtió de que era esencial la anuencia de Gran Bretaña y de Francia para iniciar los combates, y que era muy probable que la Sociedad de Naciones impusiera sanciones a Italia. La reacción de Mussolini fue ordenar a sus subordinados que aceleraran todo lo posible los preparativos de guerra. Al estar cada vez más en juego el prestigio de la Italia fascista, y el suyo propio, Mussolini estaba dispuesto a combatir en caso necesario, pero también estaba dispuesto a cosechar la recompensa en caso de que bastara la simple amenaza de una agresión. «Únicamente si ellos [la Sociedad de Naciones, y sobre todo Gran Bretaña] ven que estamos dispuestos a llegar hasta el final», le dijo el Duce a Alessandro Lessona, «tal vez opten por permitir que la situación se resuelva con honor y sin guerra».²⁰

En el frente diplomático, la situación parecía prometedora. Pierre Laval, ministro de Asuntos Exteriores francés, llegó a Roma a principios de enero y cerró un acuerdo con Italia que contenía una cláusula secreta dando carta blanca a Mussolini en Abisinia. Aún es objeto de debate si aquel acuerdo contemplaba una condición adicional que excluía la guerra, como posteriormente alegó Laval, pero había motivos suficientes para que Mussolini supusiera que no era probable que Francia intentara pararle los pies. El Ministerio de Asuntos Exteriores italiano estimaba que probablemente tampoco Gran Bretaña iba a plantear una oposición seria a una guerra contra Etiopía, y su subsecretario, Fulvio Suvich sugirió que era posible llegar a un acuerdo con Londres incluso después de que Italia conquistara Abisinia. Las tropas y el material de guerra italianos empezaron a circular por el Canal de Suez, un indicio inequívoco de que se estaba gestando una guerra.

Badoglio presentó su decidida candidatura para ponerse al mando de la guerra que se avecinaba, y le expuso su plan de guerra a Mussolini. Una posibilidad era que los abisinios atacaran en masa, en cuyo caso serían derrotados siempre y cuando «un director que tenga una práctica absoluta, energía y voluntad» fuera capaz de aprovechar al máximo la superioridad de Italia tanto en medios como en capacidad técnica, y a partir de ahí se podría hostigar al enemigo mediante el poder aéreo italiano. Otra posibilidad era que se atrincheraran, en cuyo caso las tropas italianas po-